

Por Osvaldo Rojas Garay

Cuántos sueños se rompieron el 6 de octubre de 1976, cuando terroristas al servicio de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) perpetraron un sabotaje contra la aeronave CUT-1201 de Cubana de Aviación, pocos minutos después de despegar del aeropuerto Seawell, en Barbados.

El criminal acto causó la muerte a las 73 personas inocentes a bordo; entre ellas, los 24 miembros de la delegación atlética (16 deportistas, y ocho funcionarios, técnicos y entrenadores), que regresaban a la patria tras arrasar con las ocho medallas de oro puestas en disputa en el IV Campeonato Centroamericano y del Caribe de Esgrima, organizado en Caracas, Venezuela.

La mayoría de los esgrimistas eran juveniles; un reducido grupo tenía experiencia en eventos internacionales, como la floretista Nancy Uranga Romagoza, quien compitió en la Olimpiada de Montreal; el floretista Leonardo Mackenzie Grant, y los espadistas Ramón Infante, Ricardo Jesús Cabrera Fuentes y José Ramón Arencibia Arredondo, que habían intervenido en Juegos Panamericanos.

No solo les troncharon la trayectoria deportiva. Algunos se habrían convertido en profesionales, como Nancy Uranga, que estudiaba Biología; Ricardo Jesús Cabrera Fuentes quizás fuera hoy un gran arquitecto, y José Ramón Arencibia tenía alma de poeta.

EL EQUIPO

Veintiún años de edad promediaban los 16 atletas masacrados. El más «viejo» era el espadista Ramón Infante, con 27 primaveras; la más joven, Virgen María Felizola, solo tenía 17, y en total siete no habían rebasado los 20 años de vida.

Parte de los esgrimistas que arrasaron con las ocho medallas de oro disputadas en el evento. (Foto: Tomada de Internet)



Los cubanos que acapararon todos los títulos en el torneo fueron: Nancy Uranga, Leonardo Mackenzie, Virgen María Felizola, Ricardo Jesús Cabrera, José Ramón Arencibia, Julio Herrera, Ramón Infante, Enrique Figueredo del Valle, Carlos Miguel Leyva, Inés Luaces, Milagros Peláez, Cándido Muñoz, Alberto Drake, Juan Duany, Nelson Fernández Machado y José Ángel Fernández Garzón.

LA CORAZONADA DE NANCY

Nancy Uranga, ganadora de dos títulos en el certamen, y el futbolista Antonio Garcés Segura se conocieron en 1971 y decidieron casarse cuatro años más tarde, el 31 de diciembre de 1975.

Entre los tantos momentos felices que vivieron juntos hay uno inolvidable, cuando intervinieron en la Olimpiada de Montreal, en 1976, al participar Nancy en las pruebas

de florete individual y por equipos, mientras Antonio Garcés integró la selección de fútbol que por primera vez asistió a una cita estival, en la que lograron un empate a cero con Polonia, entonces tercer lugar en el campeonato mundial de 1974.

En octubre de 1976, mientras jugaba en el campeonato nacional de fútbol en Santa Clara, Antonio Garcés recibió una llamada telefónica de su esposa: «Tengo la impresión de que no te voy a ver más». Fue la última conversación que ambos sostuvieron, según relata la periodista Julieta García Ríos en un trabajo publicado en el periódico *Juventud Rebelde*, en 2011.

Nancy le había dicho esas palabras a su esposo por la cantidad de contratiempos que habían tenido para llegar a Venezuela.

El 6 de octubre —se cumplirán 45 años el próximo miércoles—, cuando regresaban victoriosos del campeonato centroamericano, ocurrió el criminal acto terrorista en el

cual murieron 73 personas (57 cubanos, 11 guyaneses y 5 coreanos); entre ellas, Nancy Uranga, que posiblemente traía en su vientre el primer hijo de la pareja, pues había sospechas de que estaba embarazada. Según le contó el embajador a Garcés, desde que ella llegó a Venezuela estuvo vomitando, lo cual apuntaba a un estado de gravedad.

En aquel momento Nancy solo tenía 22 años y Garcés 26; hoy la pinareña tuviera 67 y el camagüeyano cumplió 71 el pasado 2 de septiembre. La niña o niño que venía en camino tendría más de 40 años.

LA INJUSTICIA TIEMBLA

El 15 de octubre, en el acto de despedida de duelo de las víctimas del avión de Cubana destruido en pleno vuelo, nuestro Comandante en Jefe pronunció uno de sus más vibrantes y emotivos discursos, en el cual afirmó:

«Nuestros atletas sacrificados en la flor de su vida y de sus facultades serán campeones eternos en nuestros corazones (Aplausos); sus medallas de oro no yacerán en el fondo del océano, se levantan ya como soles sin manchas y como símbolos en el firmamento de Cuba; ¡no alcanzarán el honor de la olimpiada, pero han ascendido para siempre al hermoso olimpo de los mártires de la patria! (Aplausos)».

Fidel concluyó aquel discurso como solo él sabía hacerlo:

«No podemos decir que el dolor se comparte. El dolor se multiplica. Millones de cubanos lloramos hoy junto a los seres queridos de las víctimas del abominable crimen. ¡Y cuando un pueblo enérgico y viril llora, la injusticia tiembla!».

Por Osvaldo Rojas Garay

Gallos de pelea

El deceso de Orlando Martínez Romero el pasado miércoles 22 de septiembre, a los 75 años, víctima del alzhéimer que padecía, me llevó a revisar algunos detalles sobre la participación cubana en las citas estivales, a partir de Munich 1972, donde el zurdo de Juanelo se convirtió en el primer deportista de nuestro país en proclamarse campeón olímpico después de la Revolución.

Orlandito terminó con la sequía de títulos olímpicos del deporte cubano, que duró 68 años, después que en San Luis 1904 los esgrimistas, con Ramón Fonst Segundo a la cabeza, habían logrado coronarse en la máxima confrontación deportiva del mundo.

Pero el zurdo de Juanelo no solo fue el primero en llegar a lo más alto del podio luego de 1959, sino que comenzó una cadena de medallas de los criollos en la división gallo (54 kg) en las justas bajo los cinco aros.

Desde entonces, los boxeadores de la mayor de las Antillas han intervenido diez veces en esta categoría —incluyendo las dos ocasiones en que se consideró también gallos a los púgiles de 56 kilos—, y solo en una oportunidad se quedaron sin preseas; curiosamente cuatro años más tarde, en Montreal 1976, cuando Orlandito ya no era el mismo y en su tercera incursión en estas porfías se quedó fuera del reparto de las medallas al ceder ante el coreano Hwang Chulsoon, con veredicto cerrado de 2-3.

En esa división, la más encumbrada de Cuba en el pugilismo en las Olimpiadas desarrolladas en este período, los criollos archivan seis metales áureos, dos de plata y uno de bronce. Detrás se sitúan los 75 y 91 kg, con cinco ascensiones a lo más alto del podio.

Un cuatrienio después del revés de Orlandito, Juan Bautista



Hernández Pérez, con solo 17 años y unos meses de edad, fue uno de los seis cubanos a los cuales les levantaron la mano en el combate final en la cita moscovita, en 1980. Luego de las ausencias de Cuba en Los Ángeles 1984 y Seúl 1988, Joel Casamayor se proclamó campeón en Barcelona 1992, y en Atlanta 1996, el difunto Arnaldo Mesa se colgó la presea de plata.

Las Olimpiadas de Sydney 2000 y Atenas 2004 tuvieron un mismo triunfador: Guillermo Rigondeaux Ortiz, el que más alto

ha cantado entre los gallos, pues es el único que ha sido titular olímpico y mundial, porque reinó también en dos ocasiones en certámenes del orbe.

En Beijing 2008, Yankiel León Alarcón se quedó a un paso del metal áureo; en la Olimpiada de Londres 2012, Lázaro Álvarez Estrada obtuvo el bronce cuando los gallos comenzaron a cantar en los 56 kilos, y en la justa estival de Río de Janeiro 2016, Robeisy Eloy Ramírez Carrazana (56) se erigió hasta el momento en el último gallo que picó en una Olimpiada,

Orlandito Martínez ganó la primera medalla de oro olímpica de Cuba, después del triunfo de la Revolución. (Foto: Tomada de Internet)

pues en Tokyo 2020 esa división no fue incluida en el programa de competencia.

Seguramente extrañarán en esta lista a un par de monarcas del planeta: el desaparecido camagüeyano Adolfo Horta Martínez y Enrique Carrión Olivares. El *Hombre del Boxeo Total* asistió a una Olimpiada en la división de los 57 kilos y concluyó como subcampeón, y el santiaguero Carrión nunca fue olímpico.

Dos de los púgiles mencionados han tenido una exitosa carrera profesional: Guillermo Rigondeaux Ortiz, conocido como el *Chacal*, quien el pasado jueves arribó a los 41 años, justamente cuando se cumplían 21 de su primera corona olímpica. El otro es el guantanamero Joel Casamayor Johnson, apodado el *Cepillo*.

Unas líneas para López Fleites

El pasado 15 de septiembre falleció, víctima de un paro respiratorio, Ramón López Fleites, una figura de referencia del deporte en la provincia, pues se trata del primer atleta villaclareño que intervino en una Olimpiada, después del triunfo de la Revolución, cuando todavía pertenecíamos al antiguo territorio de Las Villas.

Nacido el 16 de enero de 1936, fue uno de los tres exponentes del atletismo que llevó Cuba a los XVII Juegos Olímpicos, realizados en Roma, Italia, en 1960. El trío lo completaron el velocista Enrique Figuerola, que ocupó un honroso cuarto lugar en los 100 metros planos, y la vallista Berta Díaz, fallecida en 2019, quien en Melbourne 1956 se convirtió en la primera mujer cubana en acudir a una cita estival.

En Roma, López Fleites se estiró hasta los 14,05 me-

tros; en sus dos siguientes intentos logró 14,53 y 14,52, y no pudo acceder a la final del triple salto.

Asistió a los Juegos Panamericanos, celebrados en Ciudad de México en 1955, y ocho años después acudió a la cita continental de Sao Paulo, Brasil, de 1963, en la que obtuvo la presea de plata.

También estuvo presente en dos Universiadas Mundiales. En la de 1961, en Sofía, Bulgaria, ocupó el sexto peldaño, y en la de Porto Alegre, Brasil, en 1963, tuvo un mejor resultado, al concluir en el cuarto escalón.

En 1965 decidió retirarse del deporte activo y ejercer su profesión de ingeniero agrónomo. En 1970 se incorpora a la Universidad Central «Marta Abreu» de Las Vi-



llas, y allí llegó a ser decano de la Facultad de Agronomía, hasta 1980. Luego, durante ocho años, se desempeñó como rector de la Universidad de Ciego de Ávila.

Después retornó a Santa Clara y fue nuevamente decano de la Facultad de Agronomía, hasta 1995; en ese entonces ya era Doctor en Ciencias, título que obtuvo en la Universidad Wilhem Pieck, en Rostov, Alemania.

Osvaldo Rojas Garay

Ramón López Fleites abrió el capítulo de la participación olímpica de los villaclareños después de 1959. (Foto: Tomada de Internet)